



EN BENEFICIO DE LA DUDA

TODA certeza humana supone una construcción colectiva y el ruido de fondo de un camino áspero, lleno de sobresaltos. Por eso el MAPI organiza esta exposición, a partir de los cuestionamientos que han recibido algunas de sus piezas. Y bienvenido sea el desafío de compartir las investigaciones que se han generado, como así también las teorías en pugna respecto de qué criterios deben asumirse para exponer objetos cuya autenticidad se discute.

No en vano el adusto Karl Popper sostenía que el conocimiento humano avanza por conjeturas y refutaciones. *“No sabemos, sólo suponemos”*, decía. Es que el rigor no depende de la precaria objetividad de cada hombre de ciencia aislado de los demás, sino de un arduo trabajo comunitario: *“asunto social de crítica recíproca, de la amistosa-enemistosa división del trabajo de los científicos, de su trabajo en equipo por caminos diferentes e incluso opuestos entre sí”*.

También sostenía Popper que existe una asimetría entre la verificación y la refutación. Con su mismo talante, autoridades consultadas por el MAPI como André Prous, Juan Schobinger y Roberto Bracco han informado que *“en toda empresa científica, se puede eventualmente demostrar la falsedad de un objeto o de una hipótesis, pero nunca se puede considerar comprobada definitivamente su realidad o autenticidad”*.

Si dudo, pienso

Unos siglos antes, René Descartes había sido mucho más radical. El padre de la filosofía moderna usó por entonces una ficción algo bizarra: hasta el mundo puro de las verdades de la matemática podría estar infestado de engaños: quizás un “genio maligno” nos induce a percibir como obvio aquello que quizás sea falso. Por si eso no bastase, durante el siglo XX, en un libro sugestivamente titulado *El conocimiento humano: su alcance y sus límites*, Bertrand Russell recordó que en matemática no todo se acepta por razones lógicas, sino que pesa mucho también la autoridad de la cátedra que nos asegura algo.

Pero si hasta en matemáticas es prudente reservar un margen para la duda, ¿qué no ocurrirá en las restantes ciencias, por más rigurosas que pretendan ser sus conclusiones? Una certeza humana es aquello que hasta el momento podemos juzgar

como la mejor explicación o afirmación acerca de un asunto. Nunca puede consistir en la convicción terminante de un subgrupo de expertos, a favor o en contra. Pero podemos alentar otras esperanzas si se habilita una discusión amplia, libre, *–aireada pero no airada–*, en un trayecto colectivo ante la mirada pública.

Otros saberes –como la literatura o la filosofía– han tenido que arreglárselas con el conocimiento incierto. Junto al *Poema de Gilgamesh*, el *Bhagavad-Gita* y las obras de Heródoto, Jorge Luis Borges decidió incluir para la serie de cien títulos de su *Biblioteca Personal* nada menos que los *Evangelios apócrifos*. Una edición en nueve tomos de las obras completas de Platón, a cargo de una prestigiosa editorial, incorporó también ciertos textos apócrifos o dudosos que se le atribuían. Por su parte, en *Sobre la libertad*, John Stuart Mill justificaba la más amplia libertad de expresión de las ideas, incluso en ciencia, considerando que:

Primero, aunque una opinión sea reducida al silencio, puede muy bien ser verdadera; negarlo equivaldría a afirmar nuestra propia infalibilidad. Segundo, aun cuando la opinión reducida al silencio fuera un error, puede contener, lo que sucede la mayor parte de las veces, una porción de verdad; y puesto que la opinión general o dominante sobre cualquier asunto raramente o nunca es toda la verdad, no hay otra oportunidad de conocerla por completo más que por medio de la colisión de opiniones adversas. Tercero, incluso en el caso en que la opinión contuviera la verdad y toda la verdad, si no puede ser discutida vigorosa y lealmente, se la profesará como una especie de prejuicio, sin comprender o sentir sus fundamentos racionales.

La única vacuna ante el error, la falsedad o el engaño, es tolerar la colisión amigable de pareceres, sin miedo. Y lo interesante comienza cuando es preciso argumentar en difusas líneas de frontera entre lo falso y lo verdadero. No tendría gracia la discusión si el caso fuera grueso. Además, el beneficio de la duda se muestra en todo su esplendor no sólo cuando lo que parecía cierto se revela como inexistente o falso, sino ante la posibilidad de que resulte verdadero aquello que era objeto de desconfianza. El beneficio de la duda es una calle de dos sentidos.

Por ejemplo, aún no sabemos si los hallazgos prehistóricos del arroyo Vizcaíno, en la localidad de Sauce, Uruguay, serán confirmados por la comunidad científica internacional y algún día podamos concluir que estas tierras fueron habitadas por seres humanos mucho antes de lo sentenciado por el paradigma vigente. Pero ya pueden aducirse ciertas pruebas y formular argumentos muy atendibles en su favor. ¿Por qué cerrarse?

De ahí que el Museo de Arte Precolombino e Indígena (MAPI) haya iniciado una serie de actividades que de un modo u otro permitan compartir las zozobras pero también las alegrías de toda búsqueda académica y los *matices inherentes* a toda tarea responsable de divulgación.

Grados de la certeza

En suma, *En beneficio de la duda* es una cordial invitación a reconocer los grados que tiene toda certeza. Un buen ejercicio es conocer algunas de las opiniones de los ya citados Prous, Schobinger y Bracco. Como científicos que son, ellos modulan sus veredictos, evitan generalizar si no corresponde, rehúyen las afirmaciones tajantes. Por ejemplo, afirman que cierto antropolito posee una *“probabilidad alta de autenticidad”*.

En cambio, determinado ictiolito les merece estos comentarios *“la apariencia es de una pieza fabricada recientemente. Diagnóstico: Probabilidad muy baja de autenticidad”*.

En ocasiones, una misma pieza, antigua y auténtica, puede haber sido intervenida en el transcurso del tiempo. Del ornitolito que representa un *“ñacurutú”* (especie de búho), dicen aquellos especialistas: *“Parece haber sido aprovechado un bloque pulido prehistórico... El problema es determinar si este trabajo secundario es prehistórico o no (...) Diagnóstico: probabilidad baja de autenticidad de la cara zoomorfa, pero alta de la cara opuesta”*. Como vemos, no es tan sencillo.

En su *Lógica viva* Carlos Vaz Ferreira lo decía de esta manera: *“Podemos representarnos al conocimiento humano como un mar, cuya superficie es muy fácil ver y describir. Debajo de esa superficie, la visión se va haciendo, naturalmente, cada vez menos clara; hasta que, en una región profunda, ya no se ve: se entrevé solamente y, en otra región más profunda, dejará de verse del todo”*. Cometería un grave error un espectador de ese mar que *“intentando describirlo, o un pintor que, procurando reproducirlo, se obstinara en darnos, de las capas profundas, una visión o una representación tan clara como de las capas superficiales”*.

La duda, las discusiones, cuando son razonables, no le hacen mal a nadie. Al contrario, poseen el beneficio de alimentar el diálogo entre estudiosos, y estimular la imprescindible prudencia de la confrontación pública. *“Quien me contradice, me completa”*, decía aquel filósofo uruguayo, autor de la bella metáfora marina.

A embarcarse, pues, en la aventura museológica que propone el MAPI, tan compleja como fascinante.